

## EL INCREÍBLE SOL DE NOVIEMBRE

Resulta que en aquel entonces éramos jóvenes, sabihondos y frioleros. El tiempo, que según dicen todo lo cura, pondría remedio a lo primero y en contados casos hasta enmendaría lo segundo, pero lo del frío, que exigía una solución perentoria, lo solventábamos diariamente en el interior del Casino, donde la calefacción funcionaba a marchas forzadas. En cuestión de segundos las manos lívidas entraban en calor, los escalofríos se batían en retirada, los cuellos de abrigos y chaquetones bajábanse como por ensalmo; en suma, el crudo invierno concedía una tregua, acaso intimidado por el rótulo de la entrada, que prohibía el paso a los no socios.

A falta de biblioteca, nos congregábamos en el salón del primer piso, con los montones de libros de tapas manoseadas y nuestros debates interminables cabe la todopoderosa calefacción central. En el salón de marras estaban los “paralelogramos” o mesas bajitas que hacían honor a su nombre, y los sillones de terciopelo azul, que conservaban lo segundo, habiendo perdido lo primero, acribillados todos ellos por quemaduras de cigarrillos. En una de las paredes, un bodegón para hacer bonito; en otra, una marina para disimular un desconchado. Y allá en lo alto, olvidado y remoto, obra de un gigante, un almanaque del año de la nana, con los domingos y fiestas de guardar en un rojo deslucido.

El bar quedaba a la derecha, según se entra. Aparicio, el barman, nos servía el café de rigor con mano vacilante, sólo firme a la hora de cobrar. Arrellanados en los sillones descoloridos, nos

lanzábamos con el apasionamiento de los dieciocho años a una plática sobre digamos los pensamientos de *monsieur* Pascal y que muy bien podía acabar con el último crimen pasional que recogían los periódicos, la película que hacía furor en aquel momento o los avatares de un polémico partido de fútbol.

Alguna que otra vez renunciábamos a los libros y nos recluíamos en la sala de juegos del segundo piso, para darle a las cartas, jugar al dominó o entablar una partida de billar, pero ciertamente no en el invierno en que llegó Anabel.

Su presencia lo trastocó todo: El billar, Pascal, el frío y hasta los exámenes que nos acechaban a últimos de diciembre. Todo se fue al traste cuando ella irrumpió en el Casino. Nos enamoramos a una, como buenos mosqueteros. No fue un flechazo, sino un diluvio de dardos que nos asaetearon por doquier, sin darnos cuartel.

La fragilidad que emanaba de su persona nos cautivó desde el primer momento, a la par que nos sobrecogían e intimidaban la limpieza y rectitud de su mirada. Nos decíamos de continuo que era diferente de las demás, ignorando que a toda mujer que nos embelesa le colgamos el epíteto de distinta. La tratamos, cuando la tratamos, con un respeto que rayaba en el ridículo. Nada de bromas ni comentarios procaces a su respecto. De entre todas las féminas que conocíamos, Anabel fue, desde un buen principio, punto y aparte. Anabel fue Diana cazadora, Helena de Troya, musa Clío, ninfa Eco, Juana de Arco, Mariana Pineda... ¿a qué seguir?

--- Lo que más me gusta de ella ---apuntó Luis en una ocasión--- es su firmeza. Imposible imaginar una aventura con Anabel. O la vida o nada.

--- La vida ---replicó Manolo-- se me antoja poco. La eternidad daría algo más de sí.

A todas horas soltábamos frases ampulosas y rimbombantes, mientras la vigilábamos a hurtadillas, sin perderla de vista. Sentábase la hechicera criatura en uno de los sillones más apartados del salón, reclinando la cabeza de bucles dorados en el respaldo y enfrascándose en la lectura de un libro que solía llevar consigo y sobre cuyo título hicimos innumerables cábalas.

Nosotros, mirones neófitos, aprendices del querer, siervos de Platón, socios estetas, fingíamos desenvoltura, don de gentes, buenas maneras y un estudiado desparpajo; abríamos y cerrábamos los libros más de lo que era menester; carraspeábamos para aclarar la voz con harta frecuencia; adoptábamos posturas a cuál más interesante; prorrumpíamos en discursos de nunca acabar, esgrimiendo la dialéctica socrática, que entonces se llevaba mucho. Tanto ajeteo, tanta cháchara y tanto empeño por nuestra parte encubría el propósito de atraer su atención siquiera un instante, provocar a toda costa una sonrisa en aquellos labios queridos a distancia.

Lo más que conseguimos fue que nos diera las buenas tardes, que sonriera levemente cuando le cedíamos el paso o, la hazaña sin par de Manolo, que se cubrió de gloria el día que llegó a intercambiar con ella unas palabras acerca del frío que hacía afuera y de lo bien que se estaba dentro. De nuestra amada desconocida sólo llegamos a saber que venía de otro mundo, que era de cristal y que respondía, cuando respondía, al nombre reverenciado de Anabel.

--- Es espíritu --- aseguró lacónicamente Miguel, en su continuo afán por desmaterializarla.

--- Puro --- se apresuró a añadir Manolo, diletante de los matices.

-- Purísimo -- agregó Carlos, en un arranque de marianismo.

Para Miguel fue simultáneamente gacela, espiga de trigo, ave del paraíso, crepúsculo matutino y presentimiento dorado, amén de una colección de plantas y animales adjetivados, por riguroso orden alfabético, con la que se esforzaba por resumir la feminidad inefable de Anabel.

Carlos y yo compartíamos un mismo afán: el de rozar sus labios con los nuestros, proeza que se nos antojaba el colmo de la felicidad. Miguel, más dado a las discotecas y salones de baile, añoraba poder enlazarla por el talle para seducirla a los compases de una melodía.

De los sueños ya no quiero hablar, pues en tales derroteros nada hay imposible. Yo mismo llegué a soñar que la besaba, pero me atrevería a decir que hasta en eso fuimos sumamente comedidos. No nos sobrepasamos ni pizca, acaso porque soñábamos con muchísimo cuidado.

Cada tarde acudíamos al salón del Casino para espiar a Anabel. Para estudiar también, pero eso venía luego. Y si bien la tertulia giraba alrededor de mil cosas, nosotros, mariposas estudiantiles, polillas universitarias, revoloteábamos en derredor de una sola.

Que supiéramos, no se trataba con nadie, ni nadie osó abordarla, hasta aquella tarde funesta de últimos de noviembre. Ese día ocurrió la catástrofe que refiero a continuación: Un energúmeno, lo apodamos “el Rufián” por unanimidad, se presentó de repente en el Casino, sin duda esquivando la vigilancia de Cosme, el portero.

El sujeto en cuestión iba hecho un pordiosero. Llevaba una camisa de felpa raída, de puños deshilachados, pantalones vaqueros sucios, con algún que otro zurcido, y de bajos descosidos. Pero lo que más nos escandalizó fue aquel pescuezo piloso al descubierto, aquella nuez en cueros, sin la rienda obligada de la corbata.

Bueno, en realidad, lo que más nos escandalizó vino luego, cuando el ganapán, ni corto ni perezoso, se dirigió a su mesa, a la de ella, ¡oh, sacrilegio!, y se sentó a su lado como si fuera la cosa más natural del mundo.

No dimos con palabras para calibrar nuestro pasmo. Asistimos a la escena dando de lado todo disimulo, los ojos desorbitados y alucinados, fruncidos la frente y el entrecejo, agitado el pulso, el hálito en suspenso. El rufián, si bien debía rondar nuestra edad, parecía prematuramente envejecido. Miguel, con su mirada de lince, llegó a enumerar doce arrugas en el cuello del advenedizo.

Para sorpresa nuestra, Anabel no le rechazó. Incluso llegó a sonreírle. Más tarde, pasado el pánico, comentamos: ¿No se sonríe a un andrajoso, a modo de limosna? En nuestra mesa, empero, las sonrisas menguaban. Sufríamos lo indecible. Carlos sudaba a mares, sin poder achacarlo a la calefacción, de la que se mantenía apartado por prescripción médica. Luis se puso colorado como un tomate, él precisamente, a quien apodábamos “Rostro Pálido”. Además, fumaba como un carretero, como si quisiera ocultar la vergüenza que le consumía tras una cortina de humo. Miguel, sofocado, encendidas las orejas y la punta de la nariz, propuso intervenir, asegurando que nuestra Anabel estaba siendo importunada. Le respaldamos todos en bloque, pero nadie se movió de su sitio. Asistimos al incongruente espectáculo a regañadientes, con el alma en vilo, pero sin chistar.

Rechinamos de dientes y apretamos los puños con rabia al observar cómo esbozaba el bruto una suerte de caricia o palmadita en la cabellera áurea de Anabel. El hecho tremebundo de que ambos mezclaran sus risas por un momento acabó de decidirnos por la no intervención.

Diez minutos eternos o emparentados con la eternidad se quedó el zafio a su lado, gozándola a solas con sus maneras de salvaje deslumbrado por la civilización. Porque le envidiamos secretamente, nos fue tan fácil odiarle.

Cuando se fue, porque se fue a Dios gracias, reanudamos el disimulo. Pero esa tarde aciaga no hubo plática ni ajeteo ni pose ni café siquiera, sino pavor, sobresalto y desesperación.

Al salir del Casino, ya entrada la noche, bajo los primeros copos de nieve, nos confabulamos en torno a una farola para defender a Anabel con toda clase de argumentaciones terrestres y ultramundanas. Por delicadeza renunció a armar un escándalo; por pura discreción soportó las gracias grotescas del rufián sin darse por ofendida; por entereza aguantó el suplicio junto al bellaco; por prudencia calló sin replicar al patán como se merecía. Juramos solemnemente lavar la afrenta con sangre. No fue necesario. No volvimos a saber del rufián.

Dos días después, apaciguada un tanto la ola de terror, tuvo lugar aquel milagro de los elementos: Salió el sol, un increíble sol de verano para el mes que corría. Para postres, era día feriado. Alguien sugirió una excursión a la montaña; alguien objetó la molestia de forcejear contra la nieve. Una votación dio el aprobado a la jira.

Semejante sol nos movió a mudarnos de ropa. Al perchero fueron a parar las corbatas más o menos sedosas, las camisas de cuellos almidonados, los chalecos de punto y los trajes de tergal a rayas. En la nueva indumentaria figuraban pantalones de pana, camisas de franela y botas de cuero. A Miguel, que se presentó con guantes, se le tildó de remilgado.

Tarde tan soleada era propicia a locuras y correrías. Durante horas la montaña fue nuestra. Porfiamos por alcanzar la cima nevada. Patinazos hubo, con más risas que magulladuras. Carlos fue el primero en alcanzar la cumbre; llegó sin aliento, que no desalentado.

Alcanzado el objetivo, nos dedicamos a sacudir los pinos para obtener nevadas artificiales. Combatimos y no hubo faz que se quedara sin su bola de nieve. Devoramos los bocadillos de la merienda entre risas y forcejeos. Ahítos, rendidos ya, huimos a zancadas de un perro que nos recordaba a un lobo. Acabamos tumbados en la falda de la montaña, sin fuelle, agotados, con esa fútil felicidad que procura la fatiga.

El pueblo brillaba abajo y el sol, tras un día glorioso, se despedía con un adiós de un rojo sanguinolento. No recuerdo quién sacó a colación a Anabel. De sopetón, su nombre corrió de boca en boca. De sopetón también, Luis dijo aquello:

--- No etérea, sino hetaira.

No pude contenerme. Me arrojé sobre él, empuñándole por el cuello de la camisa, exigiéndole que se retractara al punto. Rehusó hacerlo. Discutimos. Reconozco que Luis intentó eludir la pelea, mas al verse acorralado, decidió pegar primero. Me alcanzó en el labio inferior, que me cortó limpiamente. Rodé por el suelo.

Empleé el orgullo que me quedaba en rechazar disculpas y una mano amiga que se brindó a levantarme. Me negué rotundamente a hacer las paces. Tanto porfié que al rato se fueron sin mí.

Cuando me serené, era de noche. Se dejaba sentir un cierto relente. Me lo dijo un calofrío en la espalda, que burló la protección de la franela. Más lastimado en mi vanidad que en otra cosa, me incorporé y emprendí el camino de vuelta a casa. Rumié por lo bajo

la venganza contra Luis. Antes de llegar a mi destino, cambié de idea. Me dije que la venganza no podía esperar o de lo contrario perdía su razón de ser. Puso rumbo al Casino, prietos los puños y erguida la cabeza. Sublime créame yo con mi labio partido.

Sucedió lo inaudito: Cosme me negó la entrada. Quise ver en ello una maniobra de Luis para hurtarse al desquite. Pero al poco, recuperado de la sorpresa, colegí que la razón era muy otra: Se me impedía el acceso por motivo de mi facha. Los pantalones salpicados de barro, la camisa ennegrecida, el infame labio partido y el desaliño general no habían pasado desapercibidos a los ojos escrutadores del portero.

Me alejé, desesperado, impotente, al borde de las lágrimas. Sólo me restaba volver a casa y tragarme mis ansias de venganza o dejarlas para mejor ocasión. La sangre latina clamaba ante la dilación: entonces o nunca.

En eso recordé que había una manera informal de introducirse en el Casino: saltar la tapia que daba al jardín, situado en la parte posterior del edificio. Me decidí por aquella medida extrema, queriendo convencerme de que lo hacía más por Anabel que por mi orgullo herido. Se trataba de poner a salvo su honor; mi labio partido era secundario.

Firme en mi decisión, no me fue difícil salvar la tapia. En mi precipitación desgarré una manga de la ya maltratada camisa. Y cuando me encontraba al otro lado del muro, en el recinto sombrío del jardín, cuando consideraba lo inconveniente de presentarme de improviso y de aquella guisa en el salón, en aquel momento preciso, la vi.

Y ella me vio.



Por una vez, era Anabel quien acechaba. Estaba allí cerca, acurrucada en un banco de madera, sola, y recuerdo que aquello me pareció tan inverosímil, que acaricié la sospecha de que fuera otra.

Pero como todo el mundo sabe, no hay otra cual Anabel.

Me quedé alhelado. ¿Qué pensaría de mí al sorprenderme en semejante estado? En lo sucesivo, y con toda la razón del mundo, se negaría a dirigirme la palabra. Me rehuiría como a un leproso. Haría caso omiso de mi presencia. No volvería a mirarme a la cara; me ignoraría como si yo no existiera o como si fuera un espectro o un ectoplasma ambulante. Y todo por culpa de mi testarudez. Quise morirme allí mismo, desaparecer como por arte de encantamiento, ser engullido por la tierra. Cualquier cosa antes que oír una crítica de sus adorados labios rosados, todo antes que sorprender un mohín desdeñoso de su pluscuamperfecta barbilla.

Yo, con aquel miserable aspecto, saltando la tapia ante ella, cual vulgar ratero traído por la noche. Yo, hecho un adán; yo, con mi labio tumefacto, la manga desgarrada y el barro aquel auestas. Tenía que ser yo, pobre de mí, en aquel estado lamentable.

No me vi con fuerzas para afrontar la ironía que me proponía el destino. Hice por retroceder, por desandar el camino para esconder mi apocamiento entre los velos de las tinieblas, pero en ese momento ella se incorporó y se me acercó.

--- Temí que ya no quedarán hombres capaces de saltar una tapia.

Era su voz, la inconfundible magia de su voz, allí, en el frío del jardín, cuando el sol explosivo de la jornada era mero recuerdo.

--- No temas -- añadió ---. No te voy a descubrir.

Pese a mi turbación, acerté a comprender que no me había reconocido. La oscuridad y lo estrafalario de mi atuendo me

conferían ante sus ojos una nueva personalidad. Por un momento abrigué la esperanza de aferrarme a aquella confusión milagrosa, pero no tardé en rectificar. Consideré mi deber sacarla del error de inmediato, identificándome como Juan Serrallo, socio del Casino, estudiante de Filosofía y admirador suyo por más señas. Urgía desenmascaramme, aunque para ello fuera preciso arrostrar el deshonor y la desvergüenza. Y lo hubiera hecho, de no haberme quedado sin voz, debido a la emoción y al miedo del trance por el que estaba pasando.

--- Tiembles --- susurró ella, atribuyéndolo al frío o acaso al temor. Y seguidamente ---: Oh, pero si estás herido...

Hizo ademán de tocar mi labio magullado. Horrorizado, me apresuré a apartar la cabeza, no fuera a manchar sus lindos dedos de sangre, mas ella interpretó el gesto equivocadamente y me espetó:

-- ¡No te vayas! No voy a denunciarte... No sé quién eres, pero estoy de tu parte... No aguanto más a esos moscones del Casino, esos hijos de papá que me observan de reojo por encima de sus libros, esos farsantes... Tú, en cambio, eres diferente.

Y acorralándome contra la tapia, me echó los brazos al cuello y me ofreció los labios. Yo, que tantas veces había soñado con rozarlos con los míos, no sabía qué hacer con ellos ahora que los tenía al alcance.

Pero Anabel sí lo sabía. Y yo, que esperaba un beso suave, un apenas besar, el leve roce de aquellos labios anhelados, me encontré con una boca que se apretaba contra la mía con violencia, en un arrebató en el que el frenesí y el deseo se disputaban la supremacía.

Entonces, y sólo entonces, se operó en mí aquella brusca metamorfosis. En un segundo, ¿qué digo?, en una fracción de segundo me despedí del ayer; le dije adiós a la juventud, al risueño pasado, al espíritu puro, a Diana la cazadora. Adiós a la formalidad, a la corbata más o menos sedosa, a las miradas a hurtadillas, a las frases altisonantes, a mis compañeros, a la familia. Todo, todo eso se quedó atrás para siempre, me libré de ello como la sierpe cuando muda el pellejo, sólo que lo mío fue una muda del alma, una catarsis fulgurante y sin precedentes en mi vida, de la que dios mismo salió malparado y con minúscula.

Desconocido y sin ansias por reconocirme, encabritado con ella y conmigo, encolerizado contra el mundo y contra mí mismo, empuñé a Anabel sin miramientos, la estrujé sin contemplaciones, y nuestras bocas se fundieron y confundieron rabiosamente, hasta el punto de que el labio partido fue tan mío como suyo.

No hubo caricias ni mimos ni ternezas, sino dedos como garfios que dejaban huellas cárdenas por donde pasaban. No abrazos, sino un cuerpo a cuerpo salvaje, en el que cada cual se vengaba de yo no sé qué como podía. No besos, sino mordiscos y hasta dentelladas de pretéritos amores antropófagos.

Y mientras nos revolcábamos por el suelo del jardín, ajenos a todo salvo al delirio de los sentidos, Anabel ignoraba que en sus brazos moría de muerte traumática Juan Serrallo, estudiante de Filosofía, hijo de papá, virgen, socio del Casino y admirador suyo por más señas, para dar paso a una criatura nueva: El rufián.

